

JESÚS MONTIEL

LA PUERTA
ENTORNADA



COLECCIÓN DKV DE POESÍA

LIBROS CANTO Y CUENTO

©Jesús Montiel
©2015 Libros Canto y Cuento
C/ Cruces, 3- 3ºD
11403 Jerez (Cádiz)
libroscantoycuento.com
ISBN: 978-84-943681-4-1
Depósito legal: CA 185 -2015

Editado con la colaboración de Seguros DKV

*A Marcos, que sigue respirando.
Y también a Jorge, que nos espera.*

PREFACIO

«*EL* buen vigilante no deja cerrada la puerta, pero tampoco abierta de par en par, sino que la tiene siempre entornada.»

Con este aforismo Ángel Crespo expresa la actitud del que vigila; pero el autor de estos poemas, más que vigilante, es un hombre que sufre y que mira incapaz otra puerta entornada. La enfermedad de un ser querido, sobre todo la de un hijo —y tan pequeño— desgarró la costumbre y pronuncia la pregunta de la muerte y su sentido; convierte a sus testigos en hombres que espían el futuro queriendo adelantar la conclusión del sufrimiento.

La ranura de luz —faro doméstico— sigue brillando entre tanto en la tiniebla; y el poeta, a pesar de las sombras que lo ciernen, concentra su mirada en su mensaje promisorio. Aguarda el estallido de un portazo, sí, o la explosión del oro que ahora fulge comprimido; pero más que el desenlace de la luz, lo que de veras le importa es no despreciar la canija trayectoria que dice todavía la esperanza.

Jesús Montiel

NOTICIA

AYER eras un hombre cotidiano.

Suponiendo la vida para siempre
el tiempo lo ocupabas
rumiando las facturas,
y escalabas las horas que se iban
—alpinista del tedio—
como el agua de un río que nunca desemboca.

Mas de pronto la vida te sacude
igual que puñetazo
cambiando la expresión adormecida
de tus días normales
por otra de sorpresa.

Te dicen que tu hijo tiene cáncer
y un hombre desigual
—recóndito hasta entonces—
ocupa tus jornadas preguntando tu rumbo.

Y empiezas a dudar del horizonte.

Descubres que en la niebla del futuro
se esconden las murallas
tramposas de la muerte.

ENFERMERAS

LOS monstruos que visitan a mi hijo
no son seres peludos
que gruñen en las sombras de los cuartos.

Sus bocas no vomitan llamaradas
ni esconden en armarios feroces dentaduras.

«Tienen rasgos humanos y una larga sonrisa
cuando acercan con batas
su afilada jeringa hasta mi pecho
—me cuenta tembloroso—.

Acaban cuando duermo.
Regresan con la luz de la mañana.»

PRESÍSMICO

APENAS hace algunas estaciones
mi vida parecía esta ciudad
que ignora su final de terremoto:

los niños persiguiendo la pelota,
la piedra satisfecha de las calles
pintada por el sol del mediodía
y un aire derrotado —casi inmóvil—,
temblando los ramajes
cuyas sombras parecen
serpientes en la calma del asfalto.

¿Quién se atreve a decir el cataclismo?

Las plazas no imaginan que sus flechas
temblando cambiarán la dirección
ni la piedra barrunta su hundimiento
dormida en las fachadas.

Nunca nadie ha pensado seriamente
los gritos que después sucederán
huyendo de los techos derrumbados.

Ninguno ha sospechado
las grietas que la muerte
planea prosperar dentro de poco.